

1. Desde Donde debemos empezar de nuevo

Después de tres años de interrupción debido a la pandemia de Covid-19, retomamos nuestro Curso de Formación Monástica según el programa establecido que interrumpimos con el Curso 2019. En estos tres años, especialmente desde la primavera de 2020, nosotros y el mundo hemos pasado por un tiempo de prueba, miedo y desorientación que no ha terminado, sobre todo por la guerra en Ucrania que comenzó a finales de febrero de este año. La humanidad oscila entre el desaliento y la indiferencia. Tal vez vivamos un poco como en el siglo X d.C., cuando, al acercarse el año 1000, cuando se temía el fin del mundo anunciado por el Apocalipsis, la gente vivía entre el miedo y la superficialidad. Y nosotros, ¿cómo vivimos este dramático momento de la historia? ¿Cómo vivimos nuestra vocación? ¿Nos sentimos responsables ante una humanidad que cada vez más parece ir a la deriva, sin sentido de la vida, sin esperanza de un futuro mejor, sin solidaridad entre los cada vez más pobres y los cada vez más ricos?

A su vez, el Papa Francisco, como siempre han sido los Papas, es una fuerte llamada a la esperanza y a vivir una fe verdaderamente comprometida con la caridad hacia los más pobres y desafortunados. Nos pide que vivamos nuestra vocación religiosa y monástica con responsabilidad hacia la Iglesia, hacia la humanidad y también hacia el universo creado, la casa común que debemos cuidar por amor a los hombres de hoy y de mañana. En particular, el Papa nos invita en estos años a profundizar en la conciencia y la experiencia de la naturaleza sinodal de la Iglesia, también como el mejor modo de avanzar en el tiempo que vivimos de manera fecunda y útil para nosotros mismos, la Iglesia y el mundo. La sinodalidad, el caminar juntos, es para nosotros y para todos el camino eclesial y seguro para avanzar siguiendo a Jesucristo, y así tener la certeza de que el camino es correcto, aunque a menudo nos parezca que “caminamos por un valle oscuro” (cf. Sal 22,4).

El 13 de junio me reuní con el Santo Padre en audiencia privada, y tras hablarle del camino de la Orden en los últimos años, le dije en resumen: “A todos nos cuesta más caminar, pero caminamos más juntos”. El me respondió: “Me recuerda a un dicho africano: Si quieres caminar rápido, camina solo; pero si quieres caminar seguro, camina junto a los otros”.

Pues bien, creo que en este momento se nos pide que volvamos a aprender de San Benito y de nuestros padres y madres en la vocación monástica a caminar juntos, a caminar realmente juntos, aunque esto suponga un sacrificio de nosotros mismos, de nuestra forma de concebirnos, de la vida y también de la propia vocación. Porque debo decir que veo crecer en nuestras comunidades, a veces incluso y especialmente entre los más jóvenes, un extraño individualismo a la hora de concebir y vivir la vocación, de concebir los votos, de concebir la comunidad, de concebir incluso la santidad, es decir, la plenitud de vida a la que estamos llamados. Entiendo que necesitamos profundizar en el sentido de la vida como vocación, y en el sentido de la vocación como misión, como tarea que el Señor nos confía a cada uno para la vitalidad de la Iglesia y la salvación del mundo.

Cada vez tengo más claro que no podemos caminar realmente juntos si no decimos personalmente que sí a la llamada del Señor para seguirle por el camino que nos abre. No podemos seguir a Cristo solos, pero tampoco podemos caminar juntos tras Él sin un salto en la concepción y conciencia de nuestro yo, un salto que conlleva una renuncia a lo que en nosotros se opone al camino de Cristo, a su vida a la que Él nos pide que nos conformemos, para que Él pueda vivir en nosotros.

San Pablo escribe a los Gálatas: “Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.” (Gálatas 2,19-20)

“Pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”. ¿Qué significa esto? ¿Qué salto de conciencia y de vida se requiere de cada uno de nosotros para pasar de nuestra vida a la vida de Cristo en nosotros? Esta es ciertamente la finalidad de los votos de nuestra profesión monástica, ya sea como los formula San Benito – obediencia, *conversatio morum* y estabilidad– o como los formularon más tarde – obediencia, pobreza y castidad–. Es siempre una opción de nuestra libertad que implica una nueva concepción de nuestra persona y de nuestro ser y caminar con los demás.

Ahí, el deseo que siento, en la conciencia de la necesidad de vida nueva que veo en nuestras personas y comunidades, es el de profundizar en la conciencia de los votos para vivir una verdadera sinodalidad en la Iglesia y al servicio de la Iglesia en este momento dramático de la historia. Me doy cuenta de que, si no tomamos conciencia de ello, corremos el riesgo de vivir la fragilidad actual de nuestras Órdenes como un fin infructuoso, que no da testimonio de la Pascua, es decir, de la posibilidad de la Resurrección aunque muramos.

De hecho, cada vez estoy más convencido de que en la Iglesia actual, más que una crisis numérica de las *vocaciones*, hay una crisis de la *vocación* como tal, una crisis en la forma de concebir la vocación de seguir a Cristo. Y esto en cada forma de vocación en la que Jesús pide ser seguido. Incluso entre los laicos hay una crisis de vocación, una crisis de comprensión y de vivencia de la vocación que conllevan el Bautismo y la Confirmación, y en particular la vocación al matrimonio.

Y las comunidades que tienen más vocaciones no se salvan de la crisis vocacional. Al contrario. A veces son precisamente las comunidades más numerosas las que pierden más fácilmente el cuidado del sentido profundo de la vocación, creyendo que basta con ser numerosos para estar vivos y ser fecundos para Cristo. El problema no es tener pocas o muchas vocaciones. Lo importante es cultivar y fomentar el sentido de la vocación cristiana y monástica como Cristo nos pide que la vivamos, siguiendo su Persona e identificándonos con su vida.